

ESPAÑA



El féretro con los restos mortales de Gregorio Ordóñez es sacado a hombros del Ayuntamiento donostiarra por la corporación municipal, ayer en San Sebastián.

Clamor unánime contra ETA

Gregorio Ordóñez fue enterrado ayer rodeado de amigos, políticos y del sentimiento de repulsa de todos los españoles

AITOR UBARRETXENA
SAN SEBASTIÁN

La capilla ardiente donde reposaba el cuerpo sin vida de Gregorio Ordóñez acogió a miles de personas y a innumerables representantes políticos de todas las formaciones.

Durante seis horas, gentes llegadas de diversos puntos de España, pero fundamentalmente ciudadanos donostiarras, acudieron al Salón de Plenos del Ayuntamiento de San Sebastián para dar su último adiós al que era líder del PP en Guipúzcoa y primer teniente de alcalde de la ciudad.

El consistorio donostiarra estaba abarrotado de flores y coronas. Las expresiones de rabia, impotencia y de hondo pesar se dejaron oír entre quienes decidieron libremente testimoniar su rechazo al asesinato de Ordóñez, todo un símbolo de la ciudad de San Sebastián.

«Queremos la paz»; «esto es espantoso»; «no hay derecho»; «son unos criminales y unos cobardes», fueron algunas de las frases que se pudieron escuchar entre las personas congregadas. Muchos, entre lágrimas, apenas pudieron siquiera pronunciar con palabras lo que en ese momento estaban sintiendo.

Desde las ocho y media de la mañana una larga hilera de personas llegaba hasta los jardines de Alderdi Eder, frente a la Casa

Consistorial. Este respaldo popular no sorprendió a dirigentes del PP. Eugenio Damboriena, concejal del PP, apuntó a escasos metros de la capilla ardiente que «los que le han segado la vida ya sabían el apoyo que tenía de la gente». Añadió que «le han matado porque valía mucho y estorbaba demasiado».

Por su parte, José María Aznar, llegó a las 12,30 de la tarde y se dirigió directamente al lugar donde se encontraban los padres y la viuda del fallecido, que iban recogiendo, entre lágrimas, las muestras de condolencia.

Aznar declaró únicamente su esperanza de que este atentado sea

«la última tragedia». Junto al líder de los populares se encontraban Francisco Alvarez Cascos, Alvarez del Manzano, Rodrigo Rato, Marcelino Oreja, Jaime Mayor Oreja y Ana Botella, entre otros muchos.

El primero en acceder a la capilla ardiente fue el consejero de Interior del Gobierno vasco Juan María Atutxa, quien destacó el «sinsentido» del asesinato. «No me cansaré de decir a los que con su voto apoyan esta tragedia —en referencia a los votantes de HB— que así no se camina hacia la paz», afirmó Atutxa. Ardanza hizo un llamamiento a la esperanza «en un momento en el que cunde el desánimo, cuando parece que no

hemos avanzado nada en los últimos diez años.»

El alcalde de la ciudad, Odón Elorza, estuvo en todo momento acompañando al féretro. Visiblemente afectado, declaró que «nos hemos quedado un poco huérfanos. Pierdo a un gran compañero porque era un ejemplo de dedicación, tenacidad y valentía. Su trabajo se debe dejar notar en el futuro».

Entre quienes más negativos se mostraron, destacó el presidente de EA, Carlos Garaicoetxea, al señalar que «si siguen estas locuras acabaremos perdiendo la esperanza».

A las cuatro de la tarde, el féretro con los restos mortales de Gre-

gorio Ordóñez era sacado del Ayuntamiento donostiarra, coincidiendo con una ovación cerrada por parte de los centenares de personas que se encontraban en el exterior del edificio municipal. La comitiva fúnebre, escoltada por la Guardia Municipal, se dirigió al cementerio de Polloe, donde fueron inhumados los restos mortales del líder político vasco.

Durante el trayecto, la gente se apostó a los lados de la carretera y muchos también salieron a sus balcones para despedir a Ordóñez.

Caras largas y muestras de dolor recibieron al coche fúnebre a su llegada al cementerio. El sepelio se celebró en la intimidad por expreso deseo de la familia. Varios camiones que transportaban las coronas de flores rodeaban el nicho. Tras rezar un «Padrenuestro», el féretro fue introducido en el panteón de la familia del concejal del PP Eugenio Damboriena, amigo íntimo del finado.

Pocas horas después, miles de personas se concentró en el Ayuntamiento donostiarra participar en una manifestación silenciosa que acabó con un funeral en la Iglesia de la Sagrada Familia donde se vivieron, asimismo, trances dolorosos en los que resultó imposible reprimir las lágrimas por parte de los asistentes.

La viuda: «Nunca perdonaré al asesino, que se muera»

A las siete de la mañana del lunes, Gregorio Ordóñez se despidió de su mujer y su hijo con un beso. Esa era la última vez que Ana Iríbar, viuda del líder del PP, hablaba con su marido. A las cuatro de la tarde, el concejal Eugenio Damboriena y la secretaria personal de Ordóñez, María San Gil, acudían a su domicilio a comunicarle la noticia. Ana Iríbar caía derrumbada. Con una aparente entereza, aunque sometida a tranquilizantes, no eludió hablar:

«No tiene ningún sentido para mí. Es una injusticia». Pese a todo, tuvo valor para afirmar que «me siento orgullosa de Goyo y siempre me sentiré orgullosa aunque no esté conmigo». Pronto, lanzó un mensaje contra los asesinos: «El tenía muchas cosas por hacer en política. Quería combatir a ETA, pero ETA le ha combatido a él. Le han matado». Con la voz entrecortada y llorando, agregó que «sólo deseo la muerte al que ha matado a mi marido. Espero

que muera. Nunca le perdonaré.» Ana Iríbar no tenía conocimiento del comunicado de HB en el que no se condenaba el atentado. La esposa de Ordóñez reconoció que nadie de la coalición abertzale se puso en contacto con ella. «No tengo nada que decirles. Diría cuatro palabrotas y no me parece oportuno». También desveló que Ordóñez estaba muy ilusionado de cara a los comicios del próximo mes de mayo: «El era muy optimista; se veía como alcalde de San Sebastián».

CLAMOR CONTRA ETA / LARGAS COLAS EN LA CAPILLA ARDIENTE, CINCO MINUTOS DE SILENCIO Y MANIFESTACION SILENCIOSA



CINCO MINUTOS DE SILENCIO. Todas las personalidades asistentes salieron a la calle a las doce del mediodía para rendir homenaje al político del PP asesinado.



CAPILLA ARDIENTE. Miles de ciudadanos vascos provocaron ayer largas colas para dar su último adiós a «Goyo» Ordóñez en el Ayuntamiento de San Sebastián.

EL LLANTO DE UN AMIGO. Las muestras de dolor en la capilla ardiente fueron continuas. Sus amigos, entre ellos el edil del PP que aparece en la foto, no pudieron evitar las lágrimas.

San Sebastián, capital de la democracia contra la violencia

Miles de ciudadanos donostiarros se movilizaron ayer contra el terror y rindieron un sentido homenaje a Gregorio Ordóñez

AITOR UBARRETXENA
SAN SEBASTIAN

San Sebastián todavía no ha asimilado el mazazo recibido con el asesinato. La actividad diaria se vio alterada por esta fatal noticia, tanto en su transcurso habitual como a través de los numerosos actos de condolencia y repulsa que se convocaron.

Gregorio Ordóñez se distinguió por su defensa a ultranza de los intereses de los donostiarros y éstos supieron reconocerle esa actitud rindiéndole un sentido homenaje. Fueron miles los que visitaron la capilla ardiente, secundaron los cinco minutos de silencio a las doce del mediodía, y los que asistieron

a la manifestación silenciosa. Los gestos de dolor se apoderaron de la ciudad.

A lo largo de la mañana los mercados y los comercios ralentizaban su quehacer diario, mientras en los bares de la parte vieja se respiraba un ambiente de resignación. El Ayuntamiento fue el foco donde se concentraron todos los sentimientos de condena.

La capilla ardiente fue un hervidero de personas que se sumaron al dolor de la familia de Gregorio, y aún varios cientos de vecinos se quedaron en la puerta sin poder acceder al local, ante la solicitud de la familia de velar el cuerpo a solas durante los últimos minutos.

Para las doce del mediodía estaba fijada la celebración de cinco minutos de silencio en señal de repulsa por el asesinato del parlamentario del PP. En ese momento se paralizó toda la ciudad, con numerosos vecinos de pie ante la puerta de sus centros de trabajo. Una masa ingente de personas se concentró en los alrededores del Ayuntamiento secundando la iniciativa municipal. En las calles donostiarros se produjeron numerosas retenciones de tráfico como consecuencia de la actitud voluntaria de muchas personas al detener sus vehículos solidarizándose con la muerte de «Goyo». Los autobuses municipales pararon su

marcha allí donde se hallaban.

En todos los ayuntamientos de Guipúzcoa se paralizó también la actividad a las 12.00 horas y se colocaron las banderas a media asta. El consejo de diputados de la Diputación de Guipúzcoa decidió suspender su sesión y acudir a la capilla ardiente. Lo mismo ocurría en todas las instituciones vascas.

Jóvenes universitarios pasaron por la ciudad una pancarta con el lema «Sin tolerancia, ¿qué nos queda?», que fue finalmente colocada en el balcón central de la Casa Consistorial entre aplausos de quienes aguardaban para visitar la capilla ardiente.

Varios alumnos del Colegio La

Anunciata, donde la viuda, Ana Iribar, impartía clases como profesora de inglés, acudieron a la capilla ardiente para depositar unas flores. Estudiantes de BUP y COU tampoco quisieron faltar a esta dolorosa cita. En total, fueron necesario dos camiones para transportar las coronas hasta el camposanto.

Por la tarde, la ciudad donostiarra vivía aún azotada por la vil actuación de un asesino que decidió terminar con la vida de Gregorio. En el bar «La Cepa» donde fue abatido, en la parte vieja, las flores impedían casi reconocer la fachada del establecimiento. En su interior, nadie daba crédito a lo ocurrido unas horas antes.